

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA

VELADA EN HONOR DE COLON

El 17 de Octubre se celebró en el salón de actos del Institutola indicada solemnidad, ante un público selecto é ilustrado y numerosa representación del clero.

El salón se hallaba convenientemente dispuesto, viéndose en el centro del dosel una hermosa corona dedicada á Colón y un precioso retrato de Isabel la Católica, obra de su pintor de cámara el célebre artista Rincón.

En el estrado tomaron asiento los señores conferiantes, cuyos discursos empezamos á publicar hoy, por orden de programa.

Damos las gracias a la Comisión de Monumentos por la atenta invitación que se sirvió dirigirnos.

DISCURSO DEL SR. GOBERNADOR CIVIL

«Señores: en medio de esta lucha constante de ideas y aspiraciones opuestas; en medio de este choque permanente de contrarios intereses que hacen de la vida un verdadero combate, y son rasgo característico de las modernas sociedades, nada tan grato como estas fiestas en que los hombres unidos en un sentimiento común se buscan y se

confunden, como por espontáneo movimiento para honrar y enaltecer glorias que por igual á todos pertenecen.

Sean, pues, muy bien venidos cuantos aquí concurran ya para tomar parte activa en esta velada, ya para darle mayor realce y esplendor con solo su presencia. Yo en nombre de la Comisión de Monumentos artísticos é históricos de Guipúzcoa doy á todos las gracias, y á todos saludo con sincero y fraternal afecto. Mas no temais que me proponga entretener por mucho tiempo vuestra atención. Fuerá en mí abuso intolerable, acción verdaderamente fea y digna de censura, abusar del puesto en que la suerte quiso colocarme, para haceros oír lo que de seguro no habria de ser tan bello como vosotros mereceis y yo quisiera. Sirva lo que os voy á decir únicamente como de prólogo oficial y obligado á lo que á otros oigais después que á mi. Yo levantaré el telón, y nada más: otros serán los actores en la fiesta de esta noche, que no por modesta dejará de ser hermosa y digna de tan escogida concurrencia.

La celebración del cuarto aniversario secular del descubrimiento de América es una solemnidad que interesa á la humanidad entera, pero en España tiene que ser por fuerza una solemnidad esencialmente española. Españolas eran las naves que sirvieron de instrumento á la realización de tan portentosa hazaña: españoles los que á bordo de ellas iban: española la princesa ilustre bajo cuyo egregio patrocinio se convirtió en realidad lo que hasta entonces no habia sido más que un sueño: español, en fin, el héroe de tan arriesgada empresa, el autor de tan atrevida idea.

Sí, Colón, por las vicisitudes de su vida, es á no dudarlo tan español como cualquiera de nosotros. Cuando en su patria natural, y en casi todos los países de Europa, era desoido y menospreciado, aquí encontró quien comprendiera sus altos pensamientos; cuando hambriento y desnudo, según la tradición nos lo presenta, mendigaba un pedazo de pan para su hijo, aquí halló amparo y abrigo material. Aquí encontró dinero para armar sus naves, marineros para tripularlas, pilotos para dirigirlas, soldados para defenderlas. En España nacieron sus hijos; en España viven hoy sus nietos; en tierra española reposan sus cenizas; en España tuvo su apoteosis; en España tuvo su martirio; en España su historia se trocó en leyenda, y su leyenda se convirtió en poema.

¡Y qué poema, señores! Nunca los más insignes maestros del más

exaltado romanticismo pudieron idear nada semejante. Allí, en ese poema de que os hablo, todas las clases, todos los intereses sociales tienen soberbia representación: todos los representantes de las diferentes clases sociales concurren á formar el más hermoso cuadro que la Historia puede presentarnos.

No os figureis una de esas cabalgatas ó procesiones que ahora se estilan, y que en el fondo, por muy buena voluntad con que se miren, no pasan de ser verdaderas mascaradas. Cerrad suavemente los párpados; mirad á través de los siglos con los ojos del alma, y vereis qué desfile tan pomposo, que panorama tan deslumbrador el que á la vista se os presenta! Colón, un oscuro piloto de origen en absoluto desconocido. Isabel, como mujer casi una santa; como reina, poco méenos que una diosa: Fernando, el político más sagaz y astuto de su tiempo: fray Perez, el humilde monje franciscano bajo cuyos raidos hábitos palpita un corazón siempre accesible á los más sublimes sentimientos: los Pinzones, armadores inteligentes, navegantes ilustres y generosos: la marquesa de Moya, el tesorero Quintanilla, el médico Garci-Fernandez, y hasta el page que salió de Granada en busca de Colón, cuando ya harto y despechado se preparaba á abandonar á España para siempre. En pos de todas estas poéticas figuras la pobre chusma de las carabelas, los héroes anónimos á quienes nadie conoce, en quienes nadie se fija, que no conocen la gloria, ni la quieren, ni la buscan, ni la deseán, pero saben merecerla y conquistarla tan bien como Anibal, César ó Alejandro. Formando el fondo á cuadro tan grandioso, haciendo marco á tan magnífico conjunto, imaginaos á lo lejos la mezquita de Córdoba, las torres de la Alhambra, las crestas de Sierra Nevada, el monasterio de la Rábida, el ígneo volcan de Tenerife: y allá todavía más distante surgiendo del mar cual aparición fantástica, bella como la más acariciada de las ilusiones, radiante y espléndida como el sol del mediodía, la virgen América con sus bosques siempre verdes, su cielo siempre azul, sus grandes ríos, sus extensas llanuras, sus immensos lagos, sus empinadas cordilleras, sus hirvientes cataratas, sus islas esparcidas sobre el Océano como piedras preciosas sobre el manto de una reina. Imaginaos, digo, todo esto, y ved si puede concebirse nada más hermoso. Suprimid, si quereis, cualquiera de estas simpáticas figuras, borrad de la mente cualquiera de los objetos accesorios, y siempre os quedará un poema, pero ya

no será el poema único en el mundo, no será el poema del descubrimiento.

Y por rara maravilla, en medio de tanta poesía, en medio de tanta magnificencia, no hay en tan soberbio drama nada que no sea realismo puro, nada que no sea verdaderamente humano. Empieza en la Rábida con un idilio, y acaba en Barcelona en un himno de triunfo; pero todas las pasiones, todos los afectos humanos giran en torno del protagonista, y son la única máquina que nos lleva como por la mano y paso tras paso al desenlace.

En la Iliada, en la Eneida, en la Odisea, las divinidades paganas intervienen siempre personalmente en los trances difíciles salvando así las más intrincadas situaciones; aquí yo no sé si la divina Providencia intervino de una manera directa y decisiva, yo creo que sí, mas no lo hizo por medios *ostensiblemente sobrenaturales*, no tuvo que alterar las leyes que en su infinita sabiduría dió á la obra salida de sus manos.

¿Qué es Colón en el concepto de algunos críticos? Un visionario, un soñador, un loco. ¿Qué son sus compañeros para esos mismos críticos y para el vulgo que se cree dispensado de tener criterio propio? Unos aventureros, cuando no unos miserables vagabundos. Pues bien, todos cuantos capitanes, cuantos descubridores, cuantos conquistadores lanzó España sobre América, en pos de las huellas de Colón, no son, si bien se mira, más que aventureros, pero aventureros sublimes que hicieron la grandeza de la patria.

Impulsos mezquinos, bastardos intereses, desfallecimientos y releidades, miserias humanas, en fin, agitarián en más de una ocasión el ánimo de aquellas gentes, porque al cabo de mujer flaca eran nacidas, y flaca era también su débil y pobre naturaleza. Pero pasiones, miserias, desfallecimientos y desmayos, todo desaparece ante lo excepcional del intento, ante el esplendor de la victoria; y cuando la patria, la humanidad, la cristiandad y la civilización se visten de gala para honrarlas y enaltecerlas, no hay lugar más que para la alabanza, ni el entusiasmo consiente que se le merme el espacio que necesita para desarrollarse sin obstáculo ni traba.

Cuando se tiene una gloriosa historia, los pueblos no deben olvidarla nunca; porque ya para recordarlo con legítimo orgullo, ya para deducir de ello útil enseñanza, lo pasado es á veces un patrimonio tan precioso como la tierra que se pisa y el aire que se aspira.

No es sólo la continuidad del territorio; no son únicamente el idioma, las costumbres, la comunidad de origen quienes forman las nacionalidades; constitúyelas también muy principalmente un pasado común, y van levantándose poco á poco, como poniendo piedra sobre piedra se alzan los grandes monumentos á fuerza de tiempo, de constancia y de trabajo.

España, que al dar emperadores á Roma dió soberanos al mundo; España que en las Navas y el Salado libró la civilización europea de dos nuevas invasiones de la barbarie africana; España, que con un puñado de valientes retrasó acaso por más de medio siglo la conquista del Imperio Griego por el Turco; España que descubrió, pobló y civilizó un continente entero; España, que con la quilla de sus naves midió por vez primera la redondez de la tierra, debe ser hoy la primera en celebrar el glorioso centenario, y la primera en recibir parabienes y enhorabuenas.

Y ahora, señores, ya está dicho el prólogo, ya está descorado el telón. Otros con mayor ingenio, con más galana frase, y con más caudal de conocimientos, van muy pronto á cautivar vuestra atención. A mí solo me resta saludarlos de nuevo, y daros las gracias por la benevolencia con que os habeis dignado escucharme.—HE DICHO.

PATRICIO AGUIRRE DE TEJADA.

